

salud, muy desmejorada ; su sensibilidad, muy herida de ver todos sus cardenales ausentes ó presos ; por otra parte las imoportunas sollicitaciones del prelado Bertozzoli , que le excitaba á concederle todo ; las súplicas de los cardenales italianos que entendian en este negocio y que le hacian ver previsiones muy fatales ; la falta absoluta de toda voz de amigo grave, sabio, noble, valiente, que animase á aquella ancianidad tan desfallecida, y en fin el probable temor de una muerte próxima, todo, todo contribuía á desalentar al pontífice afligido. Apenas si le quedaba á Pio VII otra facultad que la de mover la mano para firmar su nombre. Pero firmó este nombre el 25 de enero de 1813, en un papel que el emperador firmó con él inmediatamente. El papa se comprometía á dar la institucion canónica á los obispos nombrados dentro de seis meses, pasado cuyo término seria conferida por el metropolitano, ó el obispo mas antiguo sufragáneo. Renunciaba á la soberanía de Roma, y se comprometía á residir donde pluguiera á Napoleon. El emperador ordenó que la conclusion de este concordato, arrancado con indigno abuso del poder, fuese anunciado solemnemente en el imperio, con *Te Deum* cantado en todas las iglesias. De este modo se acabó el destierro de los cardenales, que se apresuraron á reunirse con el papa. Pio VII anhelaba sobre todo volver á ver al cardenal Pacca, su ángel consolador.

22. Fué muy sentimental la entrevista entre el pontífice y su antiguo ministro. « Pio VII, dice el ilustre cardenal, estaba « encorvado, pálido, flaco, hundidos los ojos y casi sin vida. » La memoria de la concesion que se le habia arrancado le pesaba cruelmente. Pacca le aseguró que ayudado con el consejo de los cardenales fieles, « podría reparar el mal que se » habia hecho. » Reanimado súbitamente el augusto pontífice repuso : « ¿ Con que se puede remediar? — Sí, santísimo Padre, » á todos los males se halla remedio cuando se quiere bien. » El 24 de marzo de 1813, Pio VII envió al emperador una carta autógrafa en que se retractaba explícitamente y en los términos mas formales de su concesion del 25 de enero. « En presencia de Dios, decia, ante quien muy pronto tendremos

» que dar cuenta de la potestad que nos ha dado como vicario » de Cristo para el gobierno de la Iglesia, declaramos con » apostólica sinceridad que nuestra conciencia se opone invenciblemente á la ejecucion de los artículos de nuestro » escrito del 25 de enero próximo pasado. Reconocemos con » dolor y confusion que debemos usar de nuestra autoridad no » para *destruir*, sino para *edificar*; y que no podemos ejecutar » lo que por desgracia hemos prometido imprudentemente, no » con mala intencion, Dios nos es testigo, sino por pura debilidad, como polvo y ceniza que somos. No nos queda sino » decir á Vuestra Majestad las palabras que nuestro antecesor » Pascual II dirigia á Enrique V : « Reconociendo en nuestra » alma y conciencia malo nuestro escrito, lo confesamos *malo*, » y con ayuda del Señor, deseamos sea completamente anulado, para que no resulte ningun mal á la Iglesia, ni perjuicio á nuestra alma. » Nada conmovió á Napoleon esta humilde sublimidad, y amenazó de muerte á los cardenales fieles; pero los acontecimientos, mas precipitados aun que su voluntad, le dominaban por todas partes y no le dejaban tiempo de pasar á nuevas violencias. La dimision forzosa de los obispos de Gante, Tournay y Troyes, y la usurpacion de estas sillas por intrusos imperiales fueron los últimos actos religiosos del reinado de Napoleon.

23. Las águilas que se habian paseado victoriosas por todas las capitales de Europa, rechazadas [por la coalicion] al corazon mismo de la Francia despues de la [malhadada] campaña de Alemania en 1813, no tenian ya ni su antiguo valor ni su fuego acostumbrado. Brienne, Montereau, Montmirail, Toluosa, Champeaubert, Vauchamp, Nangis y París fueron los últimos esfuerzos de una nacion agotada, de un genio militar abandonado por la fortuna. El 23 de enero de 1814 fué arrebatado otra vez Pio VII por orden del emperador, encaminándolo hácia el mediodía de la Francia, para que las potencias vencedoras no se apoderaran del papa y le pusiesen en libertad. Pero Fontainebleau, apenas dejado del soberano pontífice, esperaba que otro personaje viniese á dar en persona,

al universo atónito, el espectáculo de la fragilidad, de la nada de las cosas humanas. Napoleon, encerrado en aquel mismo palacio donde habia tenido cautivo al papa, sabe que los emperadores de Rusia y Austria, el rey de Prusia y el duque de Wellington, habian entrado en París, y habian pronunciado su decadencia en el senado [con universal aplauso de las gentes sensatas. El 4 de abril, instado y obligado por sus mas íntimos confidentes, los mariscales Ney y Berthier, á quienes habia hecho príncipes, firmó su propia abdicacion. En la corte de honor de Fontainebleau abrazó por última vez sus águilas, y salió para la isla de Elba, cuya pequeña soberanía le habia sido otorgada por los vencedores. Entre tanto Luis XVIII, en medio de las aclamaciones y lágrimas de todo un pueblo, volvía á tomar posesion de este trono de Francia en el que no pudo sentarse su antecesor Luis XVII. Madama Real, ya duquesa de Angulema, estaba á su lado como recuerdo de tan larga tormenta y como prenda de perdon. La Francia estaba cubierta de ruinas, pero la vuelta de su rey la rehabilitó á los ojos de los aliados. En 30 de mayo de 1814 fué concluida la paz: la Francia conservaba la extension que tenia antes de 1792, y aun quedó algo acrecentada con algunas porciones de territorio; porque los Borbones no querian entrar sino como soberanos respetados, y la Europa armada comprendió muy bien tan justa susceptibilidad. Luis XVIII, antes de entrar en su capital, quiso firmar en Saint-Ouen la carta constitucional, concesion espontánea de un corazon magnánimo, que probó el olvido de lo pasado, pero que no fué garantía harto fuerte para el porvenir. Fatigada de un despotismo de quince años, la Francia acogió con entusiasmo un sistema que le daba una representacion nacional, la libertad de la imprenta, el equilibrio de los poderes con las dos cámaras de los pares y de los diputados. Tres artículos de esta carta concernian á la religion: « Cada cual profesará su religion con igual libertad y » tendrá igual proteccion para su culto. Sin embargo la religion católica, apostólica, romana es la religion del Estado. » Los ministros de la religion católica, apostólica, romana, y la

» de los otros cultos cristianos, recibirán, solos, honorarios » del tesoro real. »

24. Pio VII habia llegado á Ancona el 12 de mayo. Fué delirio el entusiasmo con que le recibieron todas las poblaciones. El coche del papa era llevado por los habitantes en medio del júbilo universal, salvas de artillería y repique general de campanas de todas las iglesias. Al dia siguiente, el santo anciano, arrasados sus ojos en lágrimas, coronó en la catedral de dicha ciudad la estatua de Nuestra Señora, titulada *Regina sanctorum omnium*; le escoltó una guardia de honor hasta Loreto. En su viaje mandó acoger, con el respeto y benevolencia debida al infortunio, á Madama Leticia, madre del emperador Napoleon, y al cardenal Fesch, que pidieron á Roma una hospitalidad que jamás niega á la desventura. El 24 de mayo Pio VII hizo su entrada solemne en la capital del mundo cristiano, llevando á su lado al cardenal Pacca, su compañero de destierro, que lloraba de ternura por la inesperada dicha de un papa á quien tanto amaba. En el siguiente dia algunos nobles romanos, comprometidos en las últimas borrascas, vinieron á pedir perdon al papa. « ¿Y nosotros, respondió con humildad sublime el » vicario de Cristo, y nosotros, creéis, hijos míos, que no ten- » gamos tambien muchas faltas que reprendernos? Olvidemos » todos lo pasado, y agradezcamos á Dios lo presente. » Apenas se restableció en su trono, el papa quiso reparar en favor de los Jesuitas la injusticia de los tiempos. Estaba convencido de que los príncipes cristianos, por cruel experiencia de veinticinco años, habian conocido en fin la verdadera naturaleza de la revolucion, y la tendencia oculta de los gritos simultáneos que se habian levantado á la vez en toda Europa contra la compañía de Jesús. El 7 de agosto de 1814 la bula *Sollicitudo* restableció oficialmente dicha compañía en todo el mundo cristiano, y este decreto fué acogido con amor por todos los amigos de la Iglesia y de la religion.

25. El 26 de febrero de 1815 desembarcaba en Canas un hombre con algunos fugitivos; veinte dias mas tarde estaba Napoleon en las Tullerías, pasando por medio de los batallo-

nes enviados contra él. El mariscal Ney, cuya doble traición contará la historia, deplorando el que un carácter tan bajo y débil haya podido aliarse jamás con el ardimiento heroico en los campos de batalla, el mariscal Ney prometió arrestar y traer preso en una jaula de hierro á aquel cuya sola presencia era una revolucion: y cabalmente él fué el primero que hizo traición á su rey. Napoleon se halló pues otra vez al frente de un imperio improvisado: su reinado duró cien dias y trastornó á la Europa entera. Pio VII halló toda su primitiva firmeza en medio de esta inesperada borrasca. « Señor em- » bajador, dijo al ministro de Luis XVIII, no tema Vd. nada: » es un viaje que durará tres meses. » Wellington y Waterloo se encargaron de realizar la profecía de Pio VII. Napoleon, vencido por la primera vez en batalla campal, se mostró grande en su revés. Como Temístocles, pidió hospitalidad á la nacion contra quien combatia tanto tiempo habia. La Inglaterra no tuvo la nobleza de comprender esta grandeza de alma, y respondió á ella con una bajeza (1). Pero sin saberlo fué el instrumento de la Providencia, que castigó en el cautivo de Santa Elena al perseguidor de Pio VII [y al enemigo de los tronos y de los pueblos].

26. La situacion de la Iglesia en Francia necesitaba de nuevo la intervencion del papa. El 11 de junio de 1817 se firmó un nuevo concordato entre la Santa Sede y Luis XVIII para restablecer el de Leon X y Francisco I, y abrogar los artículos orgánicos en lo que tenian de contrario á la doctrina y leyes de la Iglesia. Todas las iglesias episcopales y arzobispales erigidas en 1801 habian de ser conservadas con sus actuales titulares; y debian de erigirse cuarenta y nueve sillas nuevas. Las principales disposiciones de este concordato no pudieron ser

¡Qué grandeza de alma la de un aventurero coronado que despues de haber hecho mas mal á la Europa que ninguna de las invasiones bárbaras, y dejándosele título de soberano á instancias mismas de los Borbones, quebranta su fe jurada, se escapa de Elba y vuelve á encender la guerra! ¿Ni qué confianza podia tenerse en la tal *grandeza de alma* para dejar aun á Napoleon en Europa? La decision de las Altas Potencias, no de la Inglaterra sola, de ser desterrado á Santa Elena era una necesidad política.

(El Traductor.)

ejecutadas, porque las cámaras rehusaron ratificarlas. Ya desde entonces principiaba la tribuna á erigirse en rival del trono. En esta época, el Ilmo. Sr. Frayssinous, tan célebre por sus *Conferencias*, escribió su obra de *Verdaderos principios de la Iglesia galicana*. Monseñor Aviau, ilustre y santo obispo de Burdeos, escribió entonces al autor estas palabras: « Sí, señor » abate, por mas que sea anciano obispo francés, yo desearia » mucho que una nombradía tan bien merecida como la de Vd. » no contribuyese á apoyar aun el deplorable sistema gali- » cano. » Pio VII usó de toda su moderacion é inagotable bondad para apaciguar los ánimos y apagar funestos debates. El 5 de junio de 1817, habia sido concluido otro concordato entre el papa y el rey Maximiliano de Baviera para arreglo de los negocios eclesiásticos de aquel reino. Otro tratado semejante se celebró en 1818 con el rey de las Dos Sicilias. En 1819, compuso todas las dificultades sobrevenidas por el concordato de 1817 un breve pontifical dirigido á todos los obispos de Francia. La vigilancia del ilustre pontífice parecia redoblar con los años. El 13 de setiembre de 1821 condenó en una bula verdaderamente apostólica á los *Carbonarios*, que amenazaban á la tranquilidad de la Europa. El 5 de mayo de este mismo año murió Napoleon. La Europa entera estaba ufana con su pontífice, cuyo reinado habia alcanzado la mayor duracion vista despues de san Pedro; pero su salud, muy quebrantada ya, sucumbió á tantos trabajos. Pio VII durmió tranquilamente en el Señor el 20 de setiembre de 1823, para recibir en mejor vida la recompensa de sus combates y virtudes. Uno de los sacerdotes asistentes le habia dirigido la palabra poco antes de su muerte, llamándole como de ordinario *Vuestra Santidad*; y respondió suspirando Pio VII: « ¡Cómo! ¿Santidad? » Si yo no soy sino un pobre pecador! » Así murió uno de los mayores papas de los tiempos modernos (1).

(1) El autor sin duda por no abultar el volumen ha pasado en silencio durante los dos pontificados de Pio VII y Pio VI casi toda la historia eclesiástica de los demás países de la cristiandad: y sin embargo habia acontecimientos de la mayor trascendencia. Por no hablar sino de Pio VII, es muy conocido su celo y sabiduría en